

El tema de la violencia en televisión es, sin duda alguna, uno de los más trillados en cuanto al papel social de este medio. Sin embargo, sigue despertando interés, tanto entre la gente del común y en los investigadores, como si algo faltara por saber. Así, a riesgo de decir unos cuantos lugares comunes, es necesario retomar esa discusión porque al menos en la prensa, el cine, la televisión; la violencia es un tema recurrente.

Este capítulo revisará lo que se ha planteado sobre los contenidos violentos de la televisión, las razones del predominio de este tipo de mensajes y las posibles consecuencias que esto tenga en la teleaudiencia. Asimismo, se referirá a la mediación de esas influencias tanto por el entorno social inmediato como por el macro-social, para concluir con la consideración de algunas alternativas de acción ante tal problemática.

ORIGEN Y VIGENCIA DEL TEMA

La violencia está asociada a la aparición misma de los seres vivos sobre la tierra. Darwin y Fromm han expuesto razones de supervivencia, biológicas o sociales, que la explican como una forma de defensa tanto de los animales como de los humanos. De hecho, la historia de la humanidad se ha escrito sobre sus expresiones violentas: conflictos, guerras y luchas. Pero si bien esos comportamientos han sido por siempre preocupantes, los avances pacifistas y el imperio de la guerra fría en los últimos años, han hecho de la violencia algo realmente indeseable y dadas las dificultades para erradicarla, se ha convertido en un tema de perenne vigencia.

Como una paradoja ante esos esfuerzos, la sociedad del mundo moderno y pacifista vive sumergida en la cultura de la violencia que se

Violencia en televisión: una discusión inacabada

Leoncio Barrios



manifiesta sutil o dramáticamente en los grandes centros urbanos y en los campos de los países en guerra. A esto se agrega, el que los medios de comunicación han hecho que la violencia se haga permanente e inmediata. La prensa y la televisión se encargan de traerla a nuestros hogares y el cine nos la ofrece cuando queremos divertirnos como un producto más de la industria cultural. Pero, además, cada uno de nosotros se ha convertido, en mayor o menor medida, en productor de violencia, encontrándola al transitar por las vías públicas, en nuestros hogares, en la convivencia con los vecinos y compañeros de labores. En fin, la violencia resulta una característica de la época y pareciera un elemento "natural" de la forma de vivir.

Esto ha llevado a que la discusión sobre el tema de la violencia se haga inagotable y tanto discusión pudiera ser una forma de protesta o

la búsqueda insaciable de una fórmula que nos permita reducirla, aunque sea para imaginarla como algo remoto o inexistente. Pero esto último, nos lo dificulta la televisión. Este medio ha sido un agente social por siempre asociado a la violencia. Independientemente que la genere o la reproduzca, es un espejo que refleja un aspecto de la realidad que la mayoría no quisiera ver.

LA VIOLENCIA EN TELEVISION

Una de las principales razones por las cuales la televisión es objeto de crítica, denuncia e investigación es la cantidad de escenas violentas que transmite. Como resultado de un gran número de estudios sobre los contenidos de este medio, se sabe que ese es el tipo de mensaje que predomina en casi todas las televisiones del mundo, con excepción de los países nórdicos y posiblemente los socialistas de entonces, los cuales no fueron investigados (Gebner, 1989).

Una descripción de estos contenidos, permite decir que la televisión transmite, al menos dos tipos de violencia: la real y la ficticia. La violencia real, se expresa en las noticias que informan sobre lo ocurrido en el contexto de la realidad nacional o mundial, ya se sean accidentes, robos, crímenes, estafas, suicidios, terrorismo, violaciones, redadas, por mencionar las formas más ilustrativas, pero entre lo cual hay que incluir la corrupción, la inflación, la escasez de productos, los desalojos, las huelgas, las injusticias de la justicia. Este tipo de violencia pudiera

ser evitable en los medios pero ella puede expresarse y ser sentida por el público aun cuando los medios no la reporten.

La violencia ficticia, por su parte, se expresa en un conjunto de escenas y situaciones cargadas de agresión, inclusive revestida de humor, que los medios crean para entretener (sic) al público. Esta es la violencia que más tiempo ocupa en la programación, por tanto la que más se consume y pareciera que la gente ha aprendido a disfrutar. Asimismo, es la que más preocupa a quienes denuncian a la televisión, según se infiere de las opiniones que se publican en la prensa, los resultados de la mayoría de las investigaciones y lo que se escucha cuando se discute el tema, esto, a pesar de que según los estudios de Atkin (1983, citado por Gebner, 1989), es la violencia real la que más afecta al público.

Pero sea como sea, si a estos dos tipos de violencia televisada se suma la violencia de la realidad, se obtiene un indeseable resultado, al menos, en términos de la atmósfera que se crea. Pero la preocupación no es tanto por los contenidos, ni por la atmósfera, sino por los posibles efectos o consecuencias que esto tenga en la teleaudiencia, particularmente, en la de menor edad y en desventaja socio-cultural. Entonces, surge la interrogante: si la necesidad social es de reducir la violencia, por qué se transmiten tantas escenas violentas en televisión?

ALGUNAS RAZONES DE LA VIOLENCIA TELEVISADA

Tal es la cantidad de violencia televisada y particularmente la contenida en los programas producidos en los Estados Unidos, nuestro casi exclusivo proveedor de "enlatados", que televisión y violencia parecieran ser dos elementos inseparables. Así lo ha hecho la cultura de la violencia que predomina en aquel país y la que hemos aprendido a consumir. Ese consumo responde no solo a reglas de mercado sino a fórmulas desarrolladas por la industria

cultural para hacer de cualquier producto uno de consumo masivo. Así, la televisión, que ha sido definida como un medio masivo por excelencia, ha seguido la fórmula de otro producto cultural exitoso históricamente: el espectáculo.

La fórmula se basa en el concepto de que la televisión tiene que ser entretenida a través de la acción y para ello, la violencia es un excelente recurso. No es por casualidad que las producciones televisivas o cinematográficas japonesas —por referir una cultura distinta a la norteamericana— que se imponen en el público masivo occidental son aquellas en las que la violencia es el "leit motiv"; las otras, sus grandes y más elaboradas creaciones—en el sentido de transmitir la ancestral filosofía de aquella cultura— son solo degustadas por las élites intelectuales y lo mismo podríamos decir de las buenas producciones británicas, alemanas o francesas. Solo un pequeño sector de nuestro público sabe disfrutar de ellas, ni tan siquiera todo el que tiene nivel universitario. Audiovisualmente hablando podríamos decir que la mayoría de nosotros sólo sabe leer al ritmo que los norteamericanos nos han enseñado.

Asimismo, para que un producto cultural guste debe ser básicamente emotivo y para ello, la violencia y el sexo, son dos excelentes recursos. Un programa o película con alto contenido de violencia garantiza sintonía y taquilla y más si tiene una buena dosis de erotismo. Esa es una fórmula de la gramática audiovisual que resulta fácil, económica y, por tanto, eficaz para captar audiencia.

La gente se divierte poniéndose en contacto con sus emociones, inclusive aquellas que producen miedo, susto y tristeza. Esto se ve claramente en los parques de diversiones, donde las atracciones de más demanda son las que más producen susto y en comentarios de la gente sobre ofertas de los medios como los siguientes: "Es una película cheverísima, uno llora desde que entra hasta que sale" o "me encanta esa (tele)novela, uno sufre mucho".

Este conocimiento de los elemen-

tos que hacen atractivos a los programas violentos no provienen de la investigación académica, sino de la experiencia de los productores y ejecutivos del cine y televisión. En este sentido, tanto los que trabajan para la empresa televisiva privada como para la estatal en nuestro país, coinciden en que los programas violentos "...son los más vistos y los que más venden" o también en que "la combinación de sexo-sangre-violencia es sinónimo de audiencia" (1). Las cifras de consumo de programas parecen darles la razón.

Obviamente, esto no quiere decir que la televisión para ser buena (en términos de atractiva para el público) tenga que transmitir violencia, pero así funciona en términos de los objetivos que las plantas persiguen y el contexto cultural en el cual esta televisión se inserta. Pareciera, entonces, que una razón para entender el predominio de escenas violentas en la televisión, está en la cultura que hemos desarrollado, como pudiera verse en este resumen de uno de los episodios de la serie de dibujos animados, "Los Simpson".

Marge, la madre, se da cuenta que Maggie, su hija de edad pre-escolar, está golpeando con un martillo después de ver en sus comiquitas vespertinas a Jerry, el ratón, hacérselo al gato Tom. Preocupada por esas consecuencias, Marge lideriza una exitosa campaña entre su comunidad para conseguir que supriman las escenas de violencia en televisión. Los productores acogieron la solicitud y Tom y Jerry empezaron a ser cariñosos, a darse regalos, a ser buenos y los niños a fastidiarse de la televisión. Poco a poco, fueron perdiendo su interés por ella y se fueron a jugar a los parques y las calles de las urbanizaciones. Pero el afán por adecentar la comunidad no se quedó allí y ante la presencia en aquel pueblo de una replica del David de Miguel Angel con su escultural desnudez a la vista de todos, otro grupo de vecinos consideró que tal espectáculo no era conveniente para sus jóvenes y niños y propusieron vestirlo con unos jeans, como debe vestir todo niño o joven que se precie de bien...

La anécdota, si bien caricaturiza al debate sobre los contenidos de la televisión, no se aleja de lo absurdo que pudiera resultar decisiones reales que aun cuando se tomen en "beneficio de la comunidad" pudieran atentar contra lo que podríamos llamar la "libertad de exposición", que como complemento a la apreciada "libertad de expresión", consiste en el derecho que tiene el público a tener acceso al tipo de información que necesite o desee exponerse.

Criterios como los manifestados por un sector de la comunidad de Los Simpson, han impedido en el cine la proyección de "El Último Tango en París" o la "Última Tentación de Cristo", obras de arte cinematográfico para algunos y pura pornografía o blasfemia para otros, así como también impiden mostrar por televisión cuerpos desnudos o escenas que se consideren que atentan contra la "moral y las buenas costumbres". Esta normativa, lamentablemente, muchas veces, no es más que el ejercicio de la más pura paterfamilias moral y su referencia nos permite ubicar el debate en un plano franco: lo que se debe y no se debe, lo bueno y lo malo, de acuerdo a los valores de cada quien.

Esto nos dice que el discurso sobre los contenidos y efectos de la televisión, ya sea integrado o crítico, tiene un intenso componente ético, moral o moralista, y el tema de la violencia es excelente para expresar esa moralidad. De hecho, casi todos los discursos y planteamientos sobre la violencia parten del supuesto de que la violencia es "mala" y por tanto "indeseable" y "censurable", pero es necesario considerar que la catalogación de la violencia depende de los fines que esta persiga.

Al respecto, Marti-Baro (1985) ha expuesto que la violencia institucional, la de los Estados, ejercida por sus ejércitos y policías, es considerada como "buena" y "deseable" porque persigue el bienestar de los ciudadanos, la protección de sus bienes y el mantenimiento del "status" pero la violencia de los insurrectos, de los que se rebelan, viniera de donde viniera, es catalogada siempre como

"mala" y "peligrosa". Sin embargo, uno pudiera pensar con criterios completamente opuestos a lo establecido y no estar errado.

Inclusive, tratando de explicar las razones de la violencia en televisión, Gebner (1989:52) sostiene que pareciera necesaria porque "...este escenario... procura a aquellos que la originan, el sentimiento y la realidad del poder, y si ellos persisten en esta vía, es quizás porque es provechoso para los que definen y controlan los usos", lo cual nos rebela el trasfondo ideológico de su existencia.

Entonces, en el discurso del "status", la indeseable violencia transmitida por la Televisión, exige una cruzada para proscribirla aunque lo que se persiga no sea eliminar sus causas sino su divulgación, como ya dijimos, por las posibles consecuencias que esto pudiera tener en la audiencia.

CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA EN LA TELEAUDIENCIA

La investigación sobre los efectos de la violencia televisada ha sido una de las más profusas en el campo de la comunicación y sin embargo, los resultados no son concluyentes. Con relación a esa investigación, Aguirre (1986) ha realizado una excelente síntesis de los logros hasta esa fecha y poco después, algo semejante presenta Gebner (1989) en un documento sobre violencia y terror en los medios, producido para la UNESCO. De la lectura de esta última recopilación se deduce que a pesar de ser mayoría los estudios que han mostrado la relación entre exposición a la violencia televisada y conductas agresivas, no hay acuerdo taxativo al respecto.

Esto, debido a que también hay investigaciones que niegan tal relación y por lo cual, lo prudente es decir, como Halloran (1973), que no se aprende a ser violento solo exponiéndose a la violencia televisada. Este es un aprendizaje mucho más complejo.

Ello obliga a considerar las más relevantes teorías sobre los efectos de

la violencia televisada (2). Entre estas teorías, una de las que ha tenido mayor aceptación es la de la Imitación (Bandura y Walters, 1974) posiblemente debido a la influencia de la psicología conductista en las décadas de los años 60 y 70, a la rigurosidad metodológica con que se produjo y a la consistencia de sus argumentos. Por ello, ha servido de base a la convicción de que gran parte de la responsabilidad de la conducta agresiva, incluida la delictiva y la violencia real, la tienen Popeye, Tom y Jerry, Mazingher Z, El Chavo o algunos de los personajes cinematográficos que visitan la televisión en presentaciones especiales, como "Rambo", "Terminator", o "Robocot".

Sin embargo, esta conclusión es una reducción simplista. Como lo expusieran los mismos Bandura y Walters, la imitación es un aprendizaje producto de un largo y complejo proceso que permite pensar que no toda persona que vea violencia televisada se comporta violentamente. Para que ello ocurra, es necesario que se den una cantidad de pre-condiciones, como mínimo, que se produzca una identificación entre observador y modelo y que las conductas violentas ejecutadas por este último sean premiadas. Hasta aquí pudiera ser relativamente frecuente este tipo de situaciones, pero luego es necesario considerar las características de personalidad del televidente, donde hay rasgos que predisponen a esa imitación y otros que la dificultan; las características físicas, psicológicas y sociales del modelo y las características y funciones de la conducta ejecutada. Solo si esta conducta es factible de realizar, está dentro del marco de valores del observador y se proveen los mismos beneficios que al modelo, es probable que se imite.

Lo anterior es importante porque esto permite decir que no todas las personas reaccionan igual ante lo que ven en la televisión, y no todo lo que se muestra en la televisión es, de por sí, imitable.

Otro elemento a tomar en cuenta para una mejor comprensión del impacto de la violencia televisada en la audiencia es el contexto social, el cual

adquiere importancia capital en la teoría de la Mediación (Leichter, 1974), la cual señala que la influencia educativa de la televisión es mediada por las relaciones sociales inmediatas al televidente. Esto, nos lleva a considerar la influencia del entorno social en la imitación de conductas agresivas y dentro de ese entorno, la importancia de la familia.

LA FAMILIA Y LA VIOLENCIA TELEVISADA

Como la mayor parte de la gente ve televisión en su casa de habitación, la familia pasa a ser un elemento de primordial importancia en el conocimiento de como los mensajes recibidos de la televisión afectan a la audiencia. En diversas investigaciones que se han realizado sobre las relaciones familia-televisión (Bryce, 1980; Leichter et al., 1985, Barrios, 1988, 1989; Lull, 1989) se ha detectado que la familia media la acción de la televisión para reforzar o inhibir en sus miembros lo que este medio promueve.

Con respecto a la mediación de la violencia televisada, se ha encontrado que los contenidos de este tipo, aun cuando pudieran ser objeto de un discurso crítico por parte de miembros de la familia, son admitidos y consumidos por ellos mismos sin mayor conflicto (Barrios, 1989). Esto probablemente ocurre, como lo dice Gebner (1989) porque la teleaudiencia tiene pocas opciones de selección y si a la hora de ver televisión transmiten violencia, violencia se ve. Pero asimismo, es necesario considerar la poca consistencia que se encuentra entre el decir y el hacer, como se deduce del testimonio de una madre habitante de un barrio caraqueño, cuando opina sobre violencia en televisión y lo observado en su casa de habitación:

"(Los niños)... no deben ver malos programas. Esos donde hay muchos tiros, mucha violencia y una matazón porque eso enferma la mente de los niños... fíjese una cosa, yo a Daniel no me gusta que vea esos programas y cada vez que hay uno se lo quito. En casa de su abuela si es

verdad que no le dejan ver nada de eso... pero sí lo dejo jugar con pistolas porque si no, no va a sacar toda esa agresividad y es mejor que la saque jugando.. Yo sí le compro sus pistolas pero con la televisión no, aunque a él le gusta verlos (se ríe).

Este discurso refleja por una parte, las creencias (de la entrevistada) sobre los efectos catárticos de la televisión y los juegos, pero, por el otro, su contradicción con la práctica porque Daniel y otros miembros de su familia fueron observados viendo programas con contenido violento, sin que hubiera restricción alguna y con la anuencia de los adultos a su alrededor?" (Barrios, 1989: 180).

Asimismo, se encontró que aun cuando algunos padres y adultos, sobre todo de clase media y con educación universitaria, criticaban los contenidos de la televisión, estas críticas no eran proporcionales a la cantidad de normas en la familia sobre la exposición de los menores a la televisión y menos practicadas por los adultos. Es más, en aquellas familias donde había cierta normativa, la mayoría de las normas se quedaban en el discurso porque los padres ejercían poca supervisión sobre ellas o no eran consistentes, como ya decíamos, entre su decir y su hacer (Barrios, 1988). Datos semejantes se encuentran en la investigación de Carrillo (1984) sobre teleaudiencia merideña y en los resultados de una encuesta realizada a escolares caraqueños, entre 8 y 13 años, en la que la gran mayoría dice no tener ningún tipo de restricciones por parte de los padres en cuanto a horario de televisión, ni tipo de programa (3).

Todo esto nos dice que algunas familias pudieran ser flexibles con respecto a las normas referentes a la televisión incluyendo las que tienen que ver con la exposición a escenas violentas, pero en esas mismas familias pudieran activarse otros mecanismos para estimular los actos de violencia entre sus miembros, como por ejemplo un ambiente hostil y agresivo entre los miembros de la familia o no permitirle por diversas razones.

Pero además de la familia, hay

otras instituciones sociales como el grupo de amigos, la escuela, la comunidad, la iglesia, la policía y el ejército, que influyen con sus discursos, pero más con sus prácticas, en el efecto de la violencia en la sociedad. Es en esos contextos, precisamente, donde se manifiesta la violencia real y si esta es estimulada, entonces la ficticia vista en televisión, tendrá un excelente caldo de cultivo para su desarrollo.

Lo anterior, refuerza la idea de que la televisión no actúa en un vacío (Halloran, 1873) y por tanto, sus efectos sobre la audiencia dependerán del entorno social donde esta se desenvuelva (Klapper, 1960).

VIOLENCIA Y ENTORNO SOCIAL GENERAL

Siendo, entonces, el entorno social un elemento determinante en los comportamientos violentos, estamos obligados a considerar el clima de violencia cotidiana que predomina en la mayoría de los centros urbanos del mundo y en los países latinoamericanos, en particular, para tener más elementos de análisis en el tema que nos ocupa.

Así, a la violencia política real que sacude diariamente a El Salvador, Guatemala, Colombia, Perú, Brasil o Venezuela, por solo nombrar a algunos, se suma la violencia ficticia de la televisión, produciendo un explosivo combinado. A este resultado es al que Gebner (1986, referida en Gebner, 1989) se refiere cuando expone su teoría de los Indicadores Sociales, según la cual, la teleaudiencia aprende a considerar que la violencia es un recurso válido y común para solucionar conflictos y hacen de la violencia en los medios parte de su realidad.

Además, si a la violencia política y a la ficticia, se agregan las precarias condiciones económicas en que vive la inmensa mayoría de los habitantes de estos países, entonces la situación se hace realmente peligrosa.

Es por esto que resulta más grave y preocupante la violencia real, ya sea reflejada en los medios o enfrentada en las calles o aun dentro de las

casas, que la violencia ficticia que transmite la televisión. Sin duda alguna, son mucho más peligrosos como detonantes de violencia, el desempleo, el salario insuficiente, la ostentación de los superricos, la injusticia, la delincuencia incontrolable, la represión policial y las tensiones familiares, por ejemplo, que las escenas televisadas de centenares de disparos hechos en un pueblo del oeste norteamericano durante la conquista yanky, quince macabros asesinatos de un maniático sexual en un barrio londinense o la destrucción de una ciudad con todos sus habitantes por una invasión de sanguinarios seres extraterrestres.

Esto, porque a pesar de lo desagradable de las escenas y lo criminal de estas acciones ficticias, la inmensa mayoría de la audiencia sabe que son ficción (Gebner, 1989), inclusive los niños de edad escolar aunque no vayan a la escuela. Además, porque es mucho más probable que algunos miembros de la población imiten a seres de carne y hueso como un líder político corrupto que viva en Miami disfrutando de lo que robó o a un personaje importante que cometa un crimen y sea indultado, a que imiten a Mazinger Z o a los Ghostbusters.

ALTERNATIVAS ANTE LA VIOLENCIA TELEVISADA

Ninguna de las explicaciones expuestas exige de responsabilidad a quienes controlan o hacen a la televisión, ni tampoco quiere decir que no importa el que tanta violencia, aunque ficticia, invada nuestras horas de descanso y la vida en familia. Por el contrario, hay un acuerdo general e incuestionable entre los investigadores y estudiosos del tema acerca de lo inconveniente de la transmisión de violencia en televisión, al menos en las altas dosis que frecuentemente la ofrecen y sin la justificación necesaria.

Pero a pesar de este acuerdo, la violencia es el principal ingrediente de la televisión que conocemos. Por ello, sin intentar ofrecer ideas salomónicas o soluciones que parecieran

mágicas, es necesario considerar algunas alternativas que se deducen de los elementos que se han expuesto.

Lo deseable sería que el dramatismo que la televisión necesita para recrear o informar no se centrará sólo en la violencia y no se abusara de ella con la frecuencia que ocurre. Por ello, habría que exigirle a los hacedores la puesta en práctica de ideas más creativas para atraer y mantener la atención de la teleaudiencia, a los programadores que conciben una oferta más balanceada que brinde alternativas y es igualmente importante el promover una actitud activa, crítica y consistente en la audiencia. Hay que recordarle que existe la posibilidad de cambiar el canal, de apagar el televisor, de hacer otras actividades distintas a ver televisión, aunque se sepa que es difícil lograrlo porque la mayoría de la audiencia ha aprendido a disfrutar de la violencia, a consumirla como parte de su dieta cotidiana, a expresarse a través de ella, y en eso radica lo más grave del problema.

La violencia real ha adquirido tal magnitud y la ficticia es tan común que Mazinger, Rambo, Terminator, Robocop, y por supuesto, los Tres Chiflados y El Chavo, con toda su violencia, resultan ser los bufones postmodernos.

BIBLIOGRAFIA

AGUIRRE, J.M. "La Violencia Programada en Televisión y su Influencia en los Niños", *Comunicación*, Nº 54, pp. 11-30, 1986.

BANDURA, A. y WALTERS, R. "Aprendizaje Social y Desarrollo de la Personalidad", Alianza Editorial, Madrid, 1974.

BARRIOS, Leoncio "Televisión, Telenovela y Vida Cotidiana en el Contexto de la Familia". *APUNTES*, Nº 3, Escuela de Comunicación Social, U.C.V., 1988.

BARRIOS, L. "Familia y Televisión como Educadores". Tesis Doctoral, Universidad de Columbia, Nueva York (en prensa, Monte Avila), 1989.

BISBAL, M. "Agresión desde los Medios", *Comunicación*, Nº 54, pp. 38-68, 1986.

BRYCE, J. "Television and the

Family: An Ethnographic Approach". Tesis Doctoral no publicada. Teachers College, Columbia University. Nueva York, 1980.

CARRILLO, J. "Los Medios de Difusión Masiva y su influencia en la población Merideña" Trabajo de ascenso no publicado, Universidad de los Andes, 1984.

DeFLEUER, M. y BALL-ROK-EACH, "Teorías de la Comunicación de Masas". Paidós, Buenos Aires, 1982.

GEBNER, G. "Violencia y Terror en los Media". Estudios y Documentos de Información, París: UNESCO. Mimeo traducido pro la Dirección de Control de RADIO y TV del M.T.C., 1989.

HALLORAN, J. "Los Efectos de la Televisión", Ed. Nacional, Madrid, 1973.

HERNANDEZ, T. "Son los Media más Violentos que la Sociedad que los Genera", *Comunicación*, Nº 54, pp. 31-37, 1986.

KLAPPER, J. "Efectos de la Comunicación de Masas", Aguilar, Madrid, 1960.

LEICHTER, H. "The Family as Educator", Teachers College Records, 76, 2., 1974.

LEICHTER, H. et. al "Family Contexts of Television", *ECTJ*, 33, 1, pp. 26-44, 1985.

LULL, J. (Ed.) "World Families Watch Television", SAGE, Beverly Hill, 1989.

MARTI-BARO, I. "Acción e Ideología: Psicología Social desde Centroamérica", Universidad Centroamericana, San Salvador, 1985.

REFERENCIAS

(1) Estas opiniones son extraídas de entrevistas a ejecutivos de las plantas televisoras, publicadas en la Revista *Producto*, año 8, Nº 79, Caracas, abril 1990.

(2) De Fluer y Ball (1982) presentan una síntesis de estas teorías, refiriendo la del Refuerzo (Klapper, 1960), la de la Catarsis (Feshback, 1961; Feshback y Singer, 1971), la de la Imitación (Bandura y Walters, 1974) y la del Cultivo (Gebner y Gross, 1980), a las cuales habría que agregar la de la Insensibilización (Himmelweit, 1958).

(3) Reporte de la Revista *Producto*, Año B, Nº 79, Caracas, abril 1990.